dotes y nuestros padres no han cumplido tu Ley, no hicieron caso de tus mandamientos, ni de los testimonios que diste contra ellos.

—Ellos, al contrario, a pesar de la gran bondad con que los trataste, no te sirvieron en su reino, en la tierra espaciosa y pingüe que les pusiste delante, ni se convirtieron de sus malas obras. He aquí que hoy somos siervos; sí, somos siervos en ese mismo país que tu diste a nuestros padres, para que comiéramos sus frutos y sus bienes. Sus abundantes frutos son para los reyes que Tú has puesto sobre nosotros a causa de nuestros pecados. Ellos dominan según su antojo sobre nuestros cuerpos y nuestras bestias, y vivimos en gran angustia.

Después de esta plegaria convinieron en hacer una fiel alianza, la que fue signada por los príncipes, levitas y sacerdotes, y prometieron con imprecación y juramento seguir la Ley de Dios, dada por medio de Moisés, siervo de Dios, y guardar y practicar todos los mandamientos de Yahvé, nuestro Señor, sus leyes y sus preceptos.

Oración de Tobías

En el libro de Tobías que es uno de los más bellos e instructivos del Antiguo Testamento, se nos refiere la historia de Tobías, israelita, llevado cautivo a Asiria, hombre bueno y honrado, que estuvo desterrado en Nínive.

Cuando llegó al trono Senaquerib, se mostró este rey duro con los israelitas, llegando su crueldad hasta negarles sepultura; mas Tobías escondía los cuerpos en su casa y de noche los enterraba. Llegada la noticia al rey, se le confiscaron sus bienes, y tuvo que huir con su mujer y con su hijo para salvar su vida.

Un día, después de volver a su casa fatigado de enterrar, se echó al pie de una pared para descansar. Mientras dormía, de un nido de pájaros que había en el muro, le cayó estiércol caliente sobre los ojos y quedó ciego y reducido a pobreza, y llegó un día en que su mujer le reprochaba: *«¿Dónde están tus limosnas y tus buenas obras? Ya lo ves ahora»*. Tobías no murmuró, su paciencia fue entonces admirable y comparable con la de Job, y se puso a orar, diciendo:

«Justo eres, Señor, y justas todas tus

obras; todos tus caminos son misericordia y verdad; juzgas siempre según verdad y justicia. Ahora, pues, Señor, acuérdate de mi, no tomes venganza de mis pecados, y no traigas a tu memoria mis delitos, ni los de mis padres.
Por cuanto no hemos obedecido a tus mandamientos, por eso hemos sido entregados al saqueo, a la esclavitud y a la muerte, y hemos venido a ser la fábula y el escarnio de todos los pueblos, entre los cuales nos has dispersado.
Por eso, son ahora tan grandes tus juicios, oh Señor, porque no hemos obrado según tus preceptos, ni procedido sinceramente delante de Ti. Y ahora, Señor, haz conmigo conforme a tu voluntad; y manda que sea recibido en paz mi espíritu; pues mejor me es morir que vivir».

Oración de Sara, hija de Ragües

Aquel mismo día, dice la Biblia, Sara, que vivía con su padre Ragüel en Ecbactana de Media, fue insultada por sus esclavas (a las que había reprendido) y el motivo del insulto fue porque habiendo sido dada en matrimonio

a siete maridos, el maligno demonio Asmodeo les había dado muerte antes que con ella hubieran tenido vida conyugal, y le decían: *«¿No estás loca tú, que ahogas a tus maridos?...* Oyéndolas, se entristeció sobremanera... y terminó orando así:

«Bendito eres, Señor Dios mío, y bendito tu nombre, santo y excelso por los siglos. Bendito, oh Dios de nuestros padres, que después de haberte enojado usas de misericordia, y en tiempo de la tribulación perdonas los pecados a los que te invocan. A Ti, Señor, vuelvo mi rostro, a Ti levanto mis ojos. Ruégote, Señor, que me libres del lazo de este oprobio, o que por lo menos me saques de este mundo. Tu sabes, Señor, que yo estoy limpia de todo pecado con hombre. Jamás estuve con gente frívola, ni tuve trato con los que se portan livianamente.

Si consentí en tomar marido, fue en tu temor, y no por un afecto sensual mio. Así que, o yo fui indigna de ellos, o acaso ellos no fueron dignos de mi; porque me has reservado Tú tal vez para otro espo-

so. Pues tus designios sobrepujan la capacidad de los hombres.
Tú no te deleitas en nuestra perdición; puesto que después de la tempestad das la bonanza, y después de las lágrimas y el llanto infundes la alegría. ¡Oh Dios de Israel! bendito sea tu nombre por los siglos!».

La oración de Tobías y la de Sara fueron escuchadas por Dios, y la Providencia divina que los hizo pasar por tantas pruebas, veló sobre ellos, y el arcángel San Rafael les fue enviado para remediar a los dos y para casar a Sara, la hija de Ragüel, con Tobías, y paralizar a Asmodeo, el maligno demonio, por cuanto a Tobías tocaba heredarla.

Oración del hijo de Tobías y de Sara

Para entender bien esta historia es necesario que sepamos que Tobías tenía un hijo, llamado también Tobías, al que mandó su padre que fuera a Ragües de Media a cobrar diez talentos de plata que había prestado a Gabelo en Ragües, ciudad de los medos, y lo mandó con el recibo que tenía firmado por él. Como

no sabía bien el camino, halló a un joven, que se le ofreció de compañero de viaje. No sospechaba que fuera un ángel enviado por la Providencia. Era el arcángel San Rafael.

Cuando iba llegando a la ciudad de Ecbactana el ángel dijo a Tobías: Aquí vive un pariente tuyo, llamado Ragüel, cuya hija única, Sara, debes pedirle por esposa. A ti te toca por herencia, pues tu ya eres el único de su linaje; la joven es bella y discreta. Hablaremos con sus padres y al volver de Ragües celebraremos la boda.

Todo se realizó bien, se cobraron los diez talentos de plata, y se llevó a cabo la boda, y porque Tobías temía que le sucediese como a los que perecieron en la cámara nupcial, el ángel le dijo: *No temáis, que para ti está destinada Sara desde la eternidad.*

La noche en que quedaron solos Tobías y Sara, se levantó Tobías del estrado y dijo a Sara: Levántate, hermana; vamos a orar para que el Señor tenga misericordia de nosotros. Y comenzó Tobías diciendo:

«Bendito eres, Dios de nuestros padres, y bendito por los siglos tu nombre santo y glorioso. Bendígante los cielos y todas

las criaturas. Tu hiciste a Adán y le diste por ayuda y auxilio a Eva, su mujer; de ellos nació todo el linaje humano. Tú dijiste: No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él. Ahora, pues, Señor, no llevado de la pasión sexual, sino del amor de tu ley, recibo a esta mi hermana por mujer. Ten misericordia de mi y de ella y concédenos a ambos larga vida». Ella respondió: «Amén».

Ambos pasaron dormidos aquella noche y aparecieron vivos. Al ver Ragüel que no había sucedido lo que temía, que hubiera muerto Tobías como los anteriores maridos de su hija, bendijo al Señor diciendo: *«Bendito seas tu, Señor, que tuviste misericordia de estos dos hijos únicos; ten de ellos piedad y concédeles acabar en bien su vida con alegría y misericordia».*

Luego regresaría el matrimonio felizmente a la casa de su padre Tobías, el que recuperaría la vista, y pudo verlos llenos de salud y de bienes, y al quererle pagar los servicios al joven que le había acompañado, éste se les reveló y le dijo: *«Bendecid al Dios del cielo...*

Cuando tu orabas con lágrimas y enterrabas a los muertos..., yo presentaba tu oración al Señor... Ahora el Señor me envió a sanarte a ti, y a librar del demonio a Sara mujer de tu hijo. Porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor». Al oír estas palabras se llenaron de turbación... y el ángel le dijo: *«No temáis; por disposición de Dios estaba entre vosotros. Bendecidle y cantad sus alabanzas»*.

Oración de Judit

Un rey de Nínive, capital del imperio asirio, por nombre «Nabucodonosor» (propiamente era *Asurbanipal*, que quiso también llamarse «Nabucodonosor» por haber conquistado Babilonia), hizo guerra a Arfaxat, rey de los medos, al que derrotó, y en su orgullo exigió la sumisión de las naciones de Occidente. Mas éstas se negaron a ello, y mandó a su generalísimo Holofernes para castigarlas. Éste invadió muchos territorios y aterró a muchas naciones... Y llegó hasta la ciudad de Betulia fortificada por los israelitas.

Cuando.llevaba un mes de asedio y estaban dispuestos a rendirse por la sed, Judit

mujer hermosa y de gran piedad dice a los jefes de la ciudad que oren al Señor y esperen.

Mientras tanto, estando a solas, Judit postrada en tierra y con traje de penitencia, dirigió al Señor esta oración fervorosa implorando su auxilio y amparo en la arriesgada empresa:

> *«Dios mío, Dios mío, escucha mi oración, desbarata el ejército poderoso de los asirios que se apoyan en sus armas y en su fuerza. Tu eres el Señor que decide las batallas. Que los ojos de Holofernes, fijados en mi sean el lazo en que quede preso, hiérelo tú con las dulces palabras de mi boca. Pon firmeza en mi corazón para despreciarlo, y valor para destruirlo. Que todas las naciones de la tierra reconozcan que Tú eres Dios y que no hay otro, fuera de Ti»* (9,2s).

Concluida la oración, cambió sus vestidos de luto y de penitencia por ricos adornos y joyas, se ungió con exquisitos perfumes y quedó tan ataviada, que seducía los ojos de cuantos hombres la miraban. Después en compañía de una criada sale de la ciudad, va donde

está el generalísimo Holofernes, lo engaña (pues la empresa de Judit consistía en un ardid de guerra) diciéndole cómo puede apoderarse de Israel... Holofernes permitió que cuando ella quisiese, la dejasen salir al campo cada tarde para ir a invocar a su Dios... iba pues, a rezar durante la noche al valle de Betulia y después volvía a su tienda, la tienda de los tesoros...

En la noche del cuarto día, Holofernes invitó a Judit a comer con él. Ella aceptó aquella invitación..., él bebió con exceso, lo mismo que sus servidores, que se marcharon después de la comida; mas el general tuvo que echarse en cama, sumergido por el sueño que le produjo la embriaguez.

Este era el momento esperado por Judit. Sin pérdida de tiempo invocó la protección divina, y puesta en pie junto al lecho de Holofernes, oró así en su corazón:

> *«Dame valor, Señor de Israel, y echa en esta hora una mirada propicia sobre la obra de mis manos, para que ensalces, como lo tienes prometido, tu ciudad de Jerusalén, y ponga yo por obra lo que he pensado ejecutar con tu asistencia»* (13,7).

Inmediatamente se acercó a la columna que estaba cerca de la cama, tomó y desenvainó la espada que había allí colgada, y agarrando a Holofernes por los cabellos, al tiempo que decía: *«Dame fuerzas, Dios de Israel, en esta hora»* con toda su fuerza le hirió dos veces en el cuello, cortándole la cabeza.

Dejando el cuerpo tendido en el suelo, tomó la colgadura, envolvió en ella la cabeza y huyó con ella y su criada a Betulia, donde invitó a todos a alabar a Dios... Sabida más tarde la muerte del generalísimo, cundió el pánico en los asirios y huyeron...

Oraciones de Ester y de Mardoqueo

Ester era una huérfana judía, que vivía con un tío suyo llamado Mardoqueo y la había adoptado como hija. Era uno de los desterrados, llevados de Jerusalén a Susa por Nabucodonosor.

El rey Asuero (sucesor de Darío y que ocupaba entonces el trono de Persia, y más conocido con el nombre de Jerjes I) se prendó de la hermosura de Ester, se casó con ella y le dio el título de reina; pero ignoraba que fuese

judía, porque su tío le había dicho que guardase secreto de su procedencia.

Algún tiempo después, Asuero elevó a la primera dignidad del imperio a un hombre ambicioso, soberbio y astuto, enemigo de los judíos y en particular de Mardoqueo, llamado *Amán,* delante del cual, según el rey, debía doblarse la rodilla para rendirle homenaje.

Mardoqueo rehusó darle esta señal de respeto, que creía era solamente debida a Dios. Amán indignado, resolvió vengarse haciendo condenar a muerte no sólo a Mardoqueo, sino a todos los judíos, residentes en el territorio persa, y para ello hizo ver al rey que los judíos estaban a punto de sublevarse contra él, y le arrancó un edicto de exterminio.

Al saber esto Ester, mandó decir a Mardoqueo que reuniese a los judíos de Susa y que ayunasen y que ella también ayunaría y oraría para luego poder intervenir ante el rey para que quedase anulado el edicto. Mardoqueo hizo lo que Ester le había mandado, y él oró así.

> Oración de Mardoqueo. *«Señor, Señor, Rey omnipotente, en cuyo poder se hallan todas las cosas, a quien nada podrá oponerse si quieres salvar a Israel: Tú*

que has hecho el cielo y la tierra y todas las maravillas que hay bajo los cielos, Tú eres dueño de todo y nada hay, Señor, que pueda resistirte.

Tú lo sabes todo; tu sabes, Señor, que no por orgullo y altivez ni por vanagloria hice yo esto de no adorar al orgulloso Amán; que de buena gana besaría las huellas de sus pies por la salvación de Israel; que yo hice esto por no poner la gloria del hombre por encima de la gloria de Dios; que no adoraré a nadie fuera de Ti, mi Señor, y que obrando así no lo algo por altivez.

Ahora, pues, Señor, mi Dios y mi Rey, Dios de Abraham, perdona a tu pueblo cuando ponen en nosotros los ojos para nuestra perdición, con el ansia de destruir tu antigua heredad. No eches en olvido esta tu porción, que para Ti rescataste de la tierra de Egipto.

Escucha mi plegaria y muéstrate propicio a tu heredad, para que conviertas nuestro llanto en alegría, para que viviendo alabemos, Señor, tu Nombre, y no cierres las bocas de los que te alaban» (Est. 13,9-17).

Todo Israel, orando unánimemente, clamó al Señor, pues una muerte cierta les amenazaba a todos. Entonces la reina Ester, presa de mortal angustia, acudió al Señor, y despojándose de sus vestiduras reales, tomó un traje propio de llanto y luto, y en vez de preciosos perfumes, cubrió la cabeza de ceniza y basura, mortificó su cuerpo con ayunos y oró así:

> Oración de Ester. *«Señor mío, tú que eres nuestro único Rey, socórreme a mi, que estoy desolada, pues no tengo otra ayuda fuera de Ti: porque se acerca el peligro. Desde que nací he oído en la tribu de mi familia que Tú, Señor, escogiste a Israel entre todas las naciones, y a nuestros padres de entre todos sus antepasados, por heredad perpetua, y que les cumpliste cuanto les habías prometido.*
> *Ahora nosotros hemos pecado delante de Ti, y Tú nos entregaste en poder de nuestros enemigos, en castigo de haber adorado a sus dioses...*
> *No entregues, Señor, tu cetro a los que nada son, ni se rían de nuestra caída; antes bien vuelve contra ellos sus maquinaciones, y derriba al que ha empezado*

a desencadenar su furor contra nosotros... Pon en mi boca palabras apropiadas cuando me presente al león (= al rey), y muda su corazón para que aborrezca a nuestro enemigo y éste perezca con todos los que están de acuerdo con él.
Líbranos con tu mano y ayúdame a mi, que estoy sola y no tengo sino a Tí, Señor. Tú lo sabes todo, y sabes, por tanto, cómo aborrezco la gloria de los inicuos y detesto el lecho de los incircuncisos y de todo extranjero. Tú conoces que sólo por necesidad estoy donde estoy, que detesto las señales de mi gloria que llevo sobre mi cabeza en los días de mi lucimiento..., y que ésta tu sierva desde el día en que fue trasladada acá, hasta el presente, jamás se ha alegrado sino en Ti, Señor, Dios de Abraham.
¡Oh Dios! que eres más fuerte que todos, oye la voz de los desamparados y líbranos del poder de los perversos, líbrame a mi de todo mal».

Ester, después de invocar el amparo de Dios, ataviada en traje de gala se encaminó

ante la presencia del rey, y logró su benevolencia y que fuese revocado el edicto de proscripción contra los judíos y que Amán muriese en la propia horca que él había destinado para suplicio de Mardoqueo. Luego éste fue exaltado a calidad de primer ministro, por haberse reconocido que a él se le debía haber descubierto una conspiración contra el rey.

Oraciones en los Salmos

Los salmos son una colección de oraciones, o bien de himnos o canciones sagradas con las que la Iglesia acostumbra a «alabar a Dios, darle gracias, hacerle súplicas, pedirle perdón», etc. Orar con los salmos es orar con palabras de Dios, pues todos ellos son oraciones inspiradas por el Espíritu Santo. Y así dice admirablemente San Agustín: «Para que Dios fuese dignamente alabado por el hombre, se alabó Él a sí mismo; y porque Él se dignó alabarse, por eso encontró el hombre manera de alabarle».

Veamos sólo algunas de estas oraciones:

Salmo 6. Oración de un alma penitente y atribulada.

Señor, no quieras argüirme en tu ira, ni corregirme en tu furor. Ten misericordia de mi, oh Señor, porque soy débil; sáname, porque hasta mis huesos se estremecen, y mi alma está en el colmo de la perturbación; mas Tú, Señor, hasta cuando me dejarás penar? Vuélvete a mi, Señor, libra mi alma; sálvame por tu misericordia, porque en la muerte no hay quien se acuerde de Ti. (Salva mi vida para poder desagraviarte más por mi pecado y alabarte más y más, que en el sepulcro ya no podré hacerlo).

Salmo 25. Súplica de perdón y de socorro...

«A Ti, Señor, Dios mío, elevo mi alma. En Ti confío, no sea yo confundido... Muéstrame tus caminos e instrúyeme... Tu eres el Dios que me salva.
Acuérdate, Señor, de tus misericordias y de tus bondades de todos los tiempos. No recuerdes los pecados de mi juventud, ni

mis ofensas... Acuérdate de mi por tu bondad... Tú perdonarás mi culpa aunque es muy grande.
Mírame Tu y tenme lástima, porque soy miserable y estoy solo. Perdona Tu todos mis delitos... Cuida Tú mi alma y sálvame.

Salmo 51 (50)

Este es el salmo «Miserere», el principal entre los salmos penitenciales y uno de los más bellos actos de contrición, compuesto por David después de reconocer ante el profeta Natán la enormidad de sus dos grandes pecados. Es como el desarrollo del «Peccavi», que pronunció en esa ocasión: *«¡Pequé contra el Señor!»* (2 Sam. 12,13).

«Ten compasión de mi, oh Dios, en la medida de tu misericordia. Borra mi iniquidad según la grandeza de tus bondades. Lávame enteramente mi culpa, límpiame de mi pecado, pues yo reconozco mi maldad, y mi pecado está siempre delante de mi.
Contra Ti, contra Ti sólo pequé; he he-

cho lo que es desagradable a tus ojos. Lávame Tú y quedaré más blanco que la nieve. Aparta tu rostro de mis pecados y borra todas mis culpas.
Crea en mi, oh Dios, un corazón sencillo y renueva en mi interior un espíritu recto. No me rechaces de tu presencia... Devuélveme el gozo de tu salvación... Un corazón contrito y humillado Tú no lo desprecias.

Salmo 117, 136 y 148

Estos salmos son himnos de alabanza, nos invitan a alabar al Señor de todas las gentes, a Dios, que es bueno, poderoso, providente, y a su vez desea invitemos a otros y a la creación entera para que continúen en esta alabanza.

«Alabad al Señor todas las naciones, celebradle todos los pueblos, porque su misericordia se ha confirmado sobre nosotros, y la fidelidad del Señor permanece para siempre» (Sal. 117).
«Alabad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Alabad al

Dios del cielo, que da pan a todos, porque es eterna su misericordia» (Sal. 136). «Alabadle vosotros sus ángeles, alabadle sol y luna, estrellas lucientes, montes, fieras, mares, reyes de la tierra, jóvenes y ancianos... ¡HALLELÚ YAH!» = Alabad a Yahvé (Sal. 148).

Salmo 103. Himno de gratitud

«Bendice al Señor, alma mía, y todo cuanto hay en mi bendiga su santo Nombre... y no quieras olvidar sus beneficios. Él es quien perdona todas tus culpas... El harta de bienes tu vida...
Misericordioso y benigno es el Señor, tardo en airarse y lleno de clemencia. no está siempre acusando, ni guarda rencor para siempre... No nos trata conforme a nuestros pecados, ni nos paga según nuestras iniquidades... Pues cuanto se alza el cielo sobre la tierra, tanto prevalece su misericordia para los que le temen. Cuanto dista el oriente del Occidente, tan lejos echa de nosotros nuestros delitos.
Como un padre se apiada de sus hijos,

así Yahvé se compadece de los que le temen. Porque Él sabe de que estamos formados: Él recuerda que somos polvo... Los días del hombre son como el heno, como la flor del campo, así florece; apenas le roza el viento y ya no existe...; pero la misericordia de Yahvé es eterna para los que le temen... ¡Bendice, alma mía, al Señor!...

Salmo 139 (138). Dios es inmenso...

«¡Oh Señor! Tú me penetras y me conoces. Sabes cuando me siento y cuando me levanto. De lejos disciernes mis pensamientos. Si ando y si descanso Tú lo percibes y todos tus caminos te son familiares. no está todavía mi palabra en la lengua, y Tú, Señor, ya la sabes toda. Tú me envuelves por detrás y por delante...
¿Adónde huiré que me aleje de tu espíritu? ¿Adónde huir de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás Tú; si bajare al abismo, allí estás presente... Si dijere: Al menos las tinieblas me esconderán, y a modo de luz me envolviese la noche, las tinieblas no serían oscuras

para Ti, y la noche resplandecería como el día, pues las tinieblas son luz para Tí... Te alabo por el maravilloso modo en que me hiciste, porque tus obras son admirables... Examina mi corazón... y si ando por falso camino, condúceme por la senda de la eternidad (dichosa)...

Otras grandes ideas de los salmos

«Señor, dadme a conocer cuál es mi fin, y cuán corto es el número de mis días, para que sepa cuán caduco soy... Mi vida es como nada ante Ti. No dura más que un soplo todo hombre. Pasa el hombre como una sombra, por un soplo solo se afana; amontona sin saber para quién...» (Sal. 39 (38)).
«No te impacientes a causa de los malvados, no envidies a los que hacen el mal, porque muy pronto serán cortados como el heno, y como la hierba verde se secarán... Considera al recto y mira al justo, y verás que su fin es feliz... Apártate del mal y obra el bien, y vivirás para siempre porque el Señor ama la rectitud y no abandona a los santos...» (Sal. 3736).

«Enteraos los más necios del pueblo, ignorantes, ¿cuándo discurriréis? El que plantó el oído, ¿no va a oír?; el que formó el ojo, ¿no va a ver?; el que educa a los pueblos, ¿no va a castigar? el que instruye al hombre ¿no va a saber? El Señor conoce los pensamientos de los hombres, son una cosa vana...» (Sal. 94 (93)).

Oraciones del profeta Jeremías

Dios habló muchas veces al pueblo de Israel por medio del profeta Jeremías, y por no ir por el camino de sus mandamientos y entregarse a la idolatría, Dios dice: *«Pasmaos cielos, horrorizaos..., un doble mal ha cometido mi pueblo: dejarme a Mi, fuente de aguas vivas, para excavarse cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua... reconoce y advierte cuán malo y amargo es apartarte de Yahvé,tu Dios...*

«Conviértete, apóstata Israel, no os miraré con rostro airado, porque soy misericordioso, no me airaré para siempre, con tal que reconozcas tu iniquidad, pues contra el Señor, tu Dios, has pecado...» (3, 12-13).

Jeremías seguía advirtiendo al pueblo que iba por malos caminos y a la vez oraba en su favor:

> *«Aunque nuestras maldades testifican contra nosotros, trátanos, Señor, respetando tu Nombre; pues son muchas nuestras rebeldías; hemos pecado contra Ti. ¡Oh Tú, esperanza de Israel, Salvador suyo en tiempo de angustia! No nos desampares»* (14,7-8).

El pueblo ultraja de nuevo a Dios. Jeremías sigue orando en favor del pueblo, y queriendo el Señor castigar a los criminales, dice el profeta: *«Y tu no me ruegues por este pueblo, no eleves por ellos súplica ni oración, ni me insistas, pues no te escucharé»* (7,16). Dios no quería que el profeta se le opusiera con la oración, porque parece le ataba las manos para no castigar tan grandes crímenes. Es lo mismo que dijo a Moisés: *Déjame obrar, no me encadenes con tus oraciones, a fin de que me vengue y castigue a este pueblo abominable»* (Ex. 32,10).

No obstante, tenemos que decir que Dios desea que se opongan a su venganza; se ale-

gra de que le contengan y le aten las manos con la oración, pues por medio de su profeta Ezequiel se queja de que no le violenten con la oración y no le supliquen para desarmarle:

«Busqué entre ellos un varón que construyese un vallado y que se pusiese en la brecha frente a Mi, en favor de la tierra, a fin de que Yo no la devastase; mas no lo hallé. Por eso derramé sobre ellos mis castigos» (Ez. 22,30-31).

Si el mundo subsiste, es por las oraciones de las almas fervientes. Por eso dice Jesucristo, que estará apagada la fe en el fin de los tiempos, y por esta causa acabará el mundo: *«Cuando venga el Hijo del hombre, ¿pensáis que ha de hallar fe en la tierra?»* (Lc. 18,8).

Plegaria de Jeremías, al ver que le ponen acechanzas

«Oh Yahvé, esperanza de Israel, todos los que te abandonan quedarán confundidos. Los que se apartan de Ti, se cubrirán de vergüenza... Sáname, Yahvé, y quedaré sano; sálvame y seré salvo, porque tu

eres mi gloria. Mira que ellos me dicen: «Dónde está la palabra de Yahvé? ¡Que se cumpla!».
Yo no he rehusado ser pastor en pos de Ti. No quieras causarme temor. Tú eres mi refugio en el dia malo. Sean avergonzados mis perseguidores, mas no quede avergonzado yo; tiemblen ellos y no sea yo quien tiembla. Venga sobre ellos el día de la calamidad, quebrántalos con doble quebranto» (17,13-18).

Otra oración de Jeremías

«Acuérdate, Yahvé, de lo que nos ha sobrevenido. Mira y considera nuestro oprobio. Nuestra herencia ha pasado a manos de extranjeros, y nuestras casas en poder de extraños... Pecaron nuestros padres que ya no existen, y nosotros llevamos sus culpas...
Cayó de nuestra cabeza la diadema; ¡ay de nosotros, que hemos pecado!... ¿Cómo podrías olvidarte de nosotros para siempre, abandonarnos por largo tiempo? Conviértenos a Ti, Yahvé, y nos convertiremos!...» (Lam. 5).

Baruc. Imploración de misericordia

Baruc fue secretario o amanuense de Jeremías. Después de la destrucción de Jerusalén fue llevado con Jeremías a Egipto, y a la muerte de éste se fue a Babilonia a consolar a los exiliados, con una carta que le había dado, anunciándoles su retorno a Jerusalén, después de setenta años de cautiverio, y empieza el libro con una introducción histórica y a continuación con una oración del pueblo penitente, o sea, una confesión de los pecados y una plegaria por la liberación, reconociendo que por los pecados cometidos habían sido llevados cautivos a Babilonia.

> *«Del Señor, Dios nuestro, es la justicia, mas de nosotros la confusión y el sonrojo, como está sucediendo en este día a todo Judá y a los moradores de Jerusalén, a nuestros reyes y príncipes, a nuestros sacerdotes y profetas y a nuestros padres. hemos pecado en presencia del Señor, Dios nuestro y no le creímos..., ni quisimos escuchar su voz, para proceder conforme a los mandamientos que nos había dado...*

Desde aquel día en que el Señor sacó de la tierra de Egipto a nuestros padres hasta el día de hoy, hemos sido rebeldes al Señor, Dios nuestro... No quisimos escuchar su voz conforme a todo lo que decían los profetas que Él nos envió...
Hemos pecado, hemos obrado impíamente; nos hemos portado inicuamente; oh Señor, Dios nuestro, contra todos tus mandamientos. Aléjese de nosotros tu indignación, porque somos pocos los que hemos quedado entre las naciones donde nos has dispersado.
Escucha, Señor, nuestros ruegos, nuestras súplicas, y líbranos por amor de Ti mismo, y haz que hallemos gracias a los ojos de aquellos que nos han deportado; a fin de que conozca todo el mundo que Tú eres el Señor, Dios nuestro, y que tu nombre ha sido invocado sobre Israel y su linaje.
Vuelve, oh Señor, tus ojos hacia nosotros desde tu santa Casa, inclina tus oídos y escúchanos... (1,15 ss; 2,1.16)...

Oración del profeta Daniel

Daniel era de la tribu de Judá y fue trasladado con otros jóvenes nobles a Babilonia por Nabucodonosor. Fue educado en la corte. El espíritu de Dios estaba con él. Muy jovencito defendió a Susana, y por su habilidad en interpretar sueños fue elevado al puesto de más alta autoridad en el imperio babilónico. He aquí una de sus oraciones:

> *«Señor, Dios grande y temible, que guardas la alianza y la misericordia con los que te aman y cumplen tus mandamientos: Hemos pecado, hemos obrado la iniquidad, hemos sido perversos y rebeldes, nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus juicios, no hemos hecho caso a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes y príncipes y a todo el pueblo de la tierra.*
> *Tuya es, Señor, la justicia y nuestra la vergüenza en el rostro que llevan hoy todos los hombres de Judá... Pero es de Yahvé, nuestro Dios el tener misericordia y el perdonar, aunque nos hayamos rebelado contra Él... Oye, pues, Dios*

nuestro, la oración de tu siervo, y por amor de Ti, Señor, haz brillar tu faz sobre tu santuario devastado... ¡Escucha, Señor! ¡Señor, perdona!... (9,4 ss).

Otra oración larga tenemos en el capítulo 3.º de la profecía de Daniel, es la de los tres jóvenes que en medio del fuego en el que fueron arrojados bendijeron a Dios constantemente y luego fueron milagrosamente salvados... y Nabucodonosor reconoció que no había otro Dios, que el que los libró de las llamas en el horno encendido, y *«su reino es reino eterno, y dominación perdurará de generación en generación».*

Oración de Susana, al ser llevada al suplicio

Susana en alta voz dijo: *«¡Dios eterno, conocedor de todo lo oculto, que ves las cosas todas antes que sucedan! Tu sabes que han declarado falsamente contra mi. Tu sabes que muero sin haber hecho nada de cuanto éstos han inventado inicuamente contra mi».*

Oyó el Señor su voz, y mientras era llevada a la muerte despertó Dios el espíritu de un jovencito llamado Daniel, que con voz fuerte gritó: Yo soy inocente de esta sangre... ¡Hijos de Israel! tan insensatos sois que sin inquirir ni poner en clara la verdad, condenáis a esa hija de Israel. Volved al tribunal, porque éstos han testificado mal de ella. Y se vio que eran testigos falsos y en vez de Susana, fueron ellos condenados.

Oraciones de Judas Macabeo

Judas Macabeo se vio enfrentado con sus pocas tropas al gran ejército de Siria, capitaneado por Serón. Entonces los seguidores de Judas, dijeron a éste: «¿Cómo podremos nosotros tan pocos, luchar contra tan poderosa muchedumbre, y menos hoy estando extenuados por el ayuno? Lucas les contestó:

«Fácil cosa es entregar una muchedumbre en manos de pocos; pues cuando Dios del cielo quiere dar la victoria, lo mismo es para Él que haya poca o que haya mucha gente; porque el triunfo de la guerra no depende de la muchedum-

bre del ejército, sino del cielo, que es de donde viene la fuerza.

Ellos vienen contra nosotros llenos de orgullo y de impiedad con el fin de aniquilarnos...; mas el Señor mismo los aniquilará en nuestra presencia; no les tengáis miedo.

Luego que acabó de hablar, se arrojó de improviso sobre los enemigos, y derrotó a Safón con todo su ejército (1 Mac. 3,17-23).

El que lea los libros de los Macabeos, podrá ver el gran valor de los hombres que se apoyan en Dios. De hecho vemos que «ora Judas Macabeo, y mata a Apolonio y derrota su ejército». Ora otra vez, y vence a Sarón, el general del ejército sirio y a todos sus numerosos soldados. Ora de nuevo, y hiere a Gorgias y a sus tropas. Sigue orando, y Lisias, jefe del ejército de Antioco, queda avergonzado con sus numerosos soldados. Ora nuevamente, y el impío y blasfemo Nicanor muere con su innumerable ejército.

Movido de la oración de aquel piadoso e intrépido capitán, Dios envia varias veces ángeles para protegerlo.

Quiere Heliodoro apoderarse del templo y de los tesoros que contiene; y tomada la ciudad, unos ángeles bajan del cielo para detener a aquel profanador sacrílego en la puerta del templo, y azotarle violentamente, dejándole medio muerto; y si recobra la salud y conserva la vida, lo debe solamente a la oración del santo Pontífice Onías (2 Mac. 3).

Advertencia: Bien podemos decir que cuando las guerras se hacen en nombre de Dios, siempre se ganan. Recordemos el enfrentamiento de David con el gigante Goliat. Puesta la confianza en Dios, se dirigió a Goliat:

> *«Tu vienes contra mi con espada, lanza y venablo, mas yo voy contra ti en el nombre de Yahvé de los ejércitos, el Dios del ejército de Israel, a quien tu has ultrajado. Hoy te entregará Dios en mi mano...* (1 Sam. 17,45-46).

Y ¿qué sucedió? David echa mano a la honda, pone en ella una piedra y después de hacerla girar sobre su cabeza, la suelta y fue a hundirse en la frente del filisteo, que cayó

desplomado al suelo. Quien confía en el Señor obra grandes milagros.

LAS ORACIONES EN EL NUEVO TESTAMENTO

El ejemplo de Jesucristo

Como el ejemplo de Jesucristo es el que ha movido a los santos a orar, y es el que también debe movernos a todos a hacer oración, lo primero que tenemos que hacer es fijarnos en lo que Jesús hizo y nos recomendó.

—Según los evangelistas: Él se levantaba temprano, e iba a orar a un lugar desierto, y otras veces se iba a un monte a orar (Mc. 1,35; 6,46), y mientras oraba, un día se transfiguró ante sus apóstoles (Lc. 9,28).

—Siempre que quería obrar milagros, oraba antes, y a veces después de realizarlos, vg. en la multiplicación de los panes: *«Despedida la muchedumbre subió solo al monte a orar. Llegada la tarde, Jesús permanecía todavía allí arriba»* (Mt. 14,23).

—El oró en el huerto de los Olivos, oró

en la cruz, y su vida fue una vida de oración..., y nos enseñó la oración del «Padrenuestro», a orar por nuestros enemigos... y en todo lugar.

—Jesús exhortaba a todos a orar, y así decía: *«Es necesario orar siempre y no desfallecer»* (Lc. 18,1) y esto lo repetían luego sus apóstoles: *«Orad sin intermisión»* (1 Tes. 5,17).

«Vigilad y orad a fin de que no caigáis en la tentación, el espíritu es pronto, pero la carne es débil» (Mt. 26,41).

Los motivos que nos obligan a orar, por lo general, sabiendo que Dios es omnipotente y que todo lo puede, son nuestras necesidades, nuestras enfermedades, nuestra debilidad, nuestras faltas y ceguedad. (Y lo que tenemos que hacer para no pecar, es recordar los Novísimos).

La oración es vivir en continua comunicación con Dios, andar en su presencia...

Las diversas oraciones más breves

1) *La oración de la hemorroisa.* Esta padecía flujo de sangre desde hacía doce años y había gastado su herencia en médicos. Oyen-

do que muchos por sólo tocar a Jesús quedaban curados, llena de fe, se dijo:

> *«Si yo lograse tocar siquiera su vestido, quedaría sana». Ella al instante de tocarle, conoció en su cuerpo que estaba sana de su dolencia* (Mc. 5,28).

Jesús dijo: ¿Quién me ha tocado? Como todos negaban, dijo Pedro y los que le acompañaban: Maestro, las muchedumbres te tocan y te oprimen. Pero Jesús dijo: *«Alguien me ha tocado»*, es decir, una persona me ha tocado con fe, porque una virtud ha salido de mi. Y por eso, Él vuelto, le dijo a la hemorroisa: Hija, tu fe te ha salvado, vete en paz. La oración puede manifestarse con petición de palabras o con el simple deseo, y si va acompañada de fe y de humanidad logra cuanto desea.

2) *La oración de Jairo, jefe de la sinagoga.* Éste tenía una hija enferma de gravedad y fue ante Jesús y postrado a sus pies, le suplicó así:

> *«Mi hijita está en las últimas; ven e imponle las manos para que se salve y viva»* (Mc. 5,23).

Jairo iba siguiendo a Jesús, cuando llegaron de su casa, y le dijeron: *Tu hija ha muerto, ¿por qué ya molestar al Maestro?* Pero oyendo Jesús lo que decían, dice al jefe de la sinagoga: *No temas, ten sólo fe...*, y llegando a la casa donde yacía la niña de doce años muerta, la resucitó.

3) *La oración de un leproso* fue sencilla, postrado ante el Señor le dijo:

> *«Señor, si tu quieres, puedes limpiarme»* (Mt. 8,2).

Jesús puso su mano limpia y pura sobre aquel cuerpo llagado y al momento quedó limpio de la lepra.

4) *La oración de otros diez leprosos.* Un día vinieron al encuentro de Jesús diez leproso, que a lo lejos se pararon y levantando la voz, le dijeron:

> *«Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros»* (Lc. 17,11).

Jesús al verlos, les dijo: *Id y mostraos a los sacerdotes* (estos eran los que tenían que darles el certificado de que en verdad estaban curados para que pudieran luego convivir con

los demás de la población a que pertenecían). En el camino uno de ellos, al verse curado, volvió a darle gracias a Jesús y entonces Jesús dijo: ¿No han sido diez los curados? y los nueve ¿dónde están? (¡cuánto le dolió a Jesús la ingratitud!).

5) *La oración de dos ciegos.* Un día Jesús salía de Jericó acompañado de una muchedumbre numerosa, y dos ciegos que estaban junto al camino al oír que Jesús pasaba y que hacía muchos milagros, comenzaron a gritar:

> *«¡Señor, ten piedad de nosotros, Hijo de David!»* (Mt. 20,30).

Se paró Jesús, y llamándolos les dijo: *«¿Qué queréis que os haga?* Dijéronle: *«Señor, que se abran nuestros ojos».*Compadecido Jesús, tocó sus ojos y al instante recobraron la vista.

6) *Oraciones del fariseo y del publicano.* Dos hombres subieron al templo a orar, el uno fariseo, y el otro publicano. El fariseo, oró en pie, así:

> *«¡Oh Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres, ladrones, in-*

justos, adúlteros, ni como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, pago el diezmo de todo cuanto poseo» (Lc. 18,11).

El publicano se quedó allá lejos y ni se atrevía a levantar los ojos al cielo, y golpeaba su pecho, diciendo:

«¡Oh Dios!, ten compasión de mi, pecador» (18,13).

Jesús dijo después de exponer esta parábola: *Os digo que éste bajó justificado a su casa y no aquel. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.* La oración del fariseo es reprobada, porque propiamente no fue a orar al templo, sino a alabarse. Aquí Jesús nos enseña la necesidad de la humildad en la oración.

Otras oraciones

7) *La de un padre en favor de su hijo.* En el ejemplo de la curación del niño epiléptico se nos enseña que podemos orar unos por otros. Un día salió al encuentro de Jesús mucho gentío, y, de

pronto, un hombre salido de entre la muchedumbre, clamó al Señor diciéndole:

> «*¡Maestro! Te ruego que te fijes en mi hijo, porque es el único que tengo y se apodera de él un espíritu, y de repente se pone a gritar y le retuerce echando espumarajos, y a duras penas se aparta de él, dejándolo muy maltratado. He rogado a tus discípulos que le lanzaran y no pudieron*» (Lc. 9,38).

Jesús luego increpó al demonio, espíritu inmundo, que salió del niño, y curado éste, se lo devolvió a su padre. Todos quedaron asombrados de la grandeza de Dios. Los discípulos preguntaron luego a Jesús: «*¿Por qué no hemos podido echarle nosotros?*». Les contestó: Esta especie no puede ser expulsada por ningún medio si no es por la oración (y el ayuno) (Mc. 9.29).

8) *Jesús sana al siervo del centurión.* Al entrar Jesús en Cafarnaún, se le acercó un centurión, suplicándole:

> «*¡Señor, mi criado yace en casa paralítico, horriblemente atormentado! (Jesús*

le dijo: Yo iré a curarlo). Mas el centurión replicó: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, sino dilo sólo de palabra y sanará mi criado. Porque también yo soy hombre bajo un mando, que tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: Ve, y va; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace». (Mt. 8,5-9).

Al oírlo Jesús, se admiró, y dijo a los que le seguían: En verdad os digo que en ninguno de Israel encontré tanta fe. Y dijo luego al centurión: *Anda, como creíste, se te cumpla.* Y sanó el criado en aquel momento.

Antes se habían presentado a Jesús unos ancianos de los judíos a pedirle que fuera a sanar al siervo del centurión, y le dijeron:

«Bien merece que se lo concedas, porque quiere bien a nuestra gente, y él fue el que nos edificó la sinagoga» (Lc. 7,5).

Es confirmación de que podemos y debemos orar unos por otros...

9) *La oración de la mujer cananea.* Esta mujer dijo a Jesús a grandes voces:

«¡Señor, hijo de David, ten compasión de

mi! Mi hija está malamente atormentada por un demonio»... y luego se le acercó y postrada ante Él, añadió: «¡Señor, socórreme!» (Mt. 15,22).

No está bien, le contestó Jesús, el tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. Pero ella dijo: *Sí, Señor, porque también los perrillos comen de las migajas que caen de las mesas de sus señores.* Entonces Jesús le dijo: *¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como tu quieres.* Y quedó sana su hija desde aquel momento.

Jesús dijo a sus discípulos: *«En verdad os digo, si tenéis fe y no titubeáis y decís a esta montaña: «Álzate y arrójate al mar», así sucederá, y cuanto pidiéreis con fe en la oración, lo conseguiréis* (Mt. 21,21-2).

10) *La tempestad calmada.* Cuando subió Jesús a la barca, le siguieron sus discípulos, y de pronto se alborotó grandemente el mar tanto que la solas cubrían la barca, mas Él estaba entre tanto durmiendo. Y acercándose le despertaron diciendo:

«¡Señor, sálvanos que perecemos!» (Mt. 8,25).

Entonces se levantó y les dijo: *«¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?... e increpando a los vientos y al mar, sobrevino una gran calma, y ellos decían: ¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?*

11) *Curación de un paralítico.* Le presentaron un día un paralítico tendido en una camilla. Al ver Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico: *Confía, hijo; perdonados te son tus pecados...* Los que le oyeron decían: Este blasfema, pues quien puede perdonar los pecados sino Dios. Pues *para que sepáis que tengo este poder de perdonar pecados* (y por tanto para que creáis que soy Dios), dijo al paralítico: *Levántate y anda, echa a cuestas tu camilla y vete a tu casa...*

Este y tantos otros ejemplos nos dicen claramente que nuestras oraciones tienen gran valor y obtienen lo que pedimos si las hacemos con fe.

12) *Curación del hijo del cortesano.* Un funcionario de la corte tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Jesús se hallaba en Caná de Galilea y se le acerca para rogarle que bajara y sanara a su hijo, porque estaba ya para morir. La oración del cortesano con súplica insistente, fue ésta:

«Señor, baja antes que muera mi hijo» (Lc. 4,40).

Jesús le dijo: *Anda, tu hijo vive.* Creyó el hombre lo que le dijo Jesús y se puso en marcha. Sus siervos le salieron al encuentro para decirle que su hijo estaba ya bueno, y esta curación resultó que tuvo lugar en la misma hora que Jesús le dijo: *«Tu hijo vive»*, y creyó él y toda su casa.

Oraciones de los apóstoles

—*Oración de Pedro ante el cadáver de Tabita.* Dice la Escritura: Pedro se puso de rodillas y oró, después dirigiéndose al cadáver, dijo: *«Tabita, levántate»*, y ella abrió los ojos, y viendo a Pedro se incorporó, y luego se la presentó viva a los cristianos y viudas que estaban allí (Hech. 9,36 ss).

Nota: Pedro hizo antes otros milagros, como el de Eneas, paralítico que hacía ocho años que estaba en cama, y sólo con decirle: *«Jesús, el Cristo, te sana, levántate...* (Hech. 9,33-34), y el del cojo desde el vientre de su madre, que estaba a la puerta del templo pidiendo limosna, y yendo el apóstol a orar, juntamente con

Juan, le dijo: *«Yo no tengo oro ni plata, mas lo que tengo te doy:* En el nombre de Jesucristo el Nazareno, levántate y anda, y al instante comenzó a andar... (Hech. 3,6).

—*Milagros de San Pablo, fueron muchísimos.* Con su oración e imposición de las manos, curó al padre del principal de la isla de Malta, llamado Publio, y a cuantos padecían enfermedades también los curó (Hech. 28,8-9). Además resucitó a un joven llamado Eutico en Tróade (Hech. 20,9-10), y por medio de San Pablo Dios obró milagros extraordinarios, de tal suerte que aplicados a los enfermos pañuelos que había tocado su cuerpo, hacían desaparecer de ellos las enfermedades... (Hech. 19,11).

San Pablo, hombre de oración, la recomendaba al igual que Jesucristo: *«Orad sin cesar»* (1 Tes. 5,17) y recomendaba que se hicieran oraciones por todos los hombres, por los reyes y por todos los que ocupan cargos importantes para que podamos llevar una vida tranquila y pacífica con toda piedad y pureza de costumbres (1 Tim. 2,1-2).

—*El apóstol Santiago* dice: «Rogad los unos por los otros para que seáis curados. La oración asidua del justo puede mucho. Elías

era de la misma condición humana semejante a nosotros y rogó para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por espacio de tres años y medio, y oró de nuevo y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto» (Sant. 5,16-18).

—*En los Hechos de los apóstoles* se nos refieren estos ejemplos:

1) Todos los primeros cristianos oraban constantemente: *«Eran perseverantes en la oración»* (1,14).

2) Mientras Pedro estaba custodiado en la cárcel y cargado de cadenas la Iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él.. y Dios lo libró (Hech. 12).

3) San Esteban, que hasta oraba por sus enemigos que le apedreaban es un modelo para todos los cristianos (Hech. 7,60).

Conclusión

De lo expuesto en este libro, debemos sacar la consecuencia de la necesidad que tenemos todos de orar, de vivir siempre en comunicación constante con Dios, porque como hechura suya, dependemos de Él. Tenemos que aprender a vivir con el corazón desprendido de las cosas de la tierra, porque sólo nos son

dadas para mientras vivimos, ya que tenemos que dejarlas aquí al morir.

La oración es una elevación del alma a Dios, y por consiguiente, si mientras oramos la imaginación se ocupa de la tierra, de los negocios, de la familia, del trabajo, de las criaturas..., entonces nuestra alma no se levanta hacia Dios... Y *si oramos y no recibimos, es porque pedimos mal* (Sant. 4,3), y para orar bien, hay que orar con fe, con confianza, con fervor, con humildad, con perseverancia, con corazón puro y contrito y hallarnos en lo posible en estado de gracia.

Además, para que la oración sea escuchada y oída, debe salir de un corazón exento de odio y lleno de caridad. Cada vez que el hombre rencoroso pronuncia estas palabras: *«Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden»,* pronuncia su condenación. Así su oración sería nula y ultrajante...

Los Padres de la Iglesia y los teólogos enseñan que hay tres clases de obras buenas en las cuales pueden comprenderse todas las demás: la oración, el ayuno y la limosna. La oración paga a Dios lo debido; el ayuno lo que nos debemos a nosotros mismos, y la limosna lo debido al prójimo.

La oración con las debidas disposiciones es muy poderosa, y como dice San Ambrosio es más poderosa que las armas, y lo comenta así, aduciendo el pasaje de 2 Rey. 6,16-18: Queriendo el rey de Siria apoderarse del profeta Eliseo, envió caballos, carros y soldados escogidos. Pero Eliseo oró al Señor, diciendo: *Cegad a estas tropas, os lo suplico.* Y el Señor, atendiendo a la oración de Eliseo las cegó, es decir, veían, pero no conocían al profeta que tenían delante de sus ojos.

San Gregorio Magno nos dice: «Dios quiere que le roguemos, quiere que le hagamos violencia, quiere ser vencido con cierta importunidad. Por esta razón os dice: El reino de los cielos sufre violencia, y los que emplean violencia, de él se apoderan. Sed, pues, asiduos en la oración; sed importunos en vuestras súplicas; cuidad de no desanimaros en la oración. Si aquel a quien oráis manifiesta no entenderos, forzadle, para que podáis recibir el reino de los cielos. Sed violentos para apoderaros del cielo. Esta es una excelente y dulce violencia que no ofende a Dios, sino que lo apacigua; y no hiere tampoco al prójimo, antes bien le ayuda, y disminuye y hace desaparecer el pecado» (In Psal. 6).

Y ponemos fin con estas palabras de S.J. Crisóstomo: «Es permitido hablar con Dios: os está permitido hablar con él cuando queráis; y con vuestra oración podéis merecer lo que deseáis. Y aunque no podáis oír la voz de Dios con los oídos del cuerpo, puesto que recibís lo que pedís, es muy cierto que se digna hablaros, si no de palabra, al menos con sus beneficios, lo que es infinitamente más precioso» (In Eccles. 18).

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 5

LAS ORACIONES DE LA BIBLIA

—La primera y principal: El Padrenuestro 9

LAS ORACIONES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

—Abraham intercede por Sodoma 10
—Oración de Eliezer, mayordomo de Abraham 13
—Oración de Jacob, camino de Harán . 15
—Oración para que Dios le libre de las manos de Esaú 17
—La oración de José, el hijo de Jacob . 18
—¿Es oración levantar las manos hacia Dios? 22

—Moisés intercede por el pueblo......... 23
—Nueva oración de Moisés 24
—La oración y el pecado en el libro de los jueces 27
—La oración de Ana, madre de Samuel 30
—Oración de David 30
—Oración de Salomón......................... 32
—Otra oración de Salomón 33
—Oraciones del profeta Elías.............. 35
—Oraciones de Ezequías, rey de Judá .. 40
—Nueva oración de Ezequías............... 42
—Oración de Asa, rey de Judá 43
—Oración del rey Josafat 44
—Oración de Esdras 46
—Oración de Nehemías....................... 49
—Plegaria de los levitas en tiempo de Nehemías 51
—La oración de Tobías........................ 58
—Oración de Sara, hija de Ragües 59
—Oración del hijo de Tobías y de Sara 61
—Oración de Judit 64
—Oraciones de Ester y de Mardoqueo . 67
—Oraciones en los salmos 72
—Oraciones del profeta Jeremías......... 79
—Oración de Baruc 83
—Oración de Daniel 85
—Oración de Susana 86

—Oraciones de Judas Macabeo 87

LAS ORACIONES EN EL NUEVO TESTAMENTO 91

—El ejemplo de Jesucristo 91
—Las diversas oraciones más breves ... 92
—La oración de la hemorroisa, de Jairo, del leproso 92
—Otras oraciones: las del padre en favor del niño epiléptico, del centurión, de la cananea, la del paralítico, la del hijo del cortesano 93
—Oraciones de los apóstoles: Pedro, Pablo, Santiago 101
—Conclusión 103

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia más Bella, con 80 pág. ilustradas a todo color
La Biblia a tu alcance. Es un catecismo de la Biblia
Catequesis Bíblicas, siguiendo el Catecismo
Catecismo de la Biblia, para conocerla bien
Historia Sagrada o de la Salvación, muy ilustrado
Nuevo Testamento Explicado, con amplios comentarios
Tesoro Bíblico Teológico, con muchos temas sapienciales
Evangelios y Hechos Apostólicos, compends. e ilustrados
Jesús de Nazaret, con 120 pág. y muchas ilustraciones
Dios te habla, con palabras de la Biblia
El catecismo Ilustrado, de 160 pág. muy ilustradas a todo color
El Catecismo más Bello, muy ilustrado a todo color
El Matrimonio. Preparación y cómo vivirlo
Bautismo y Confirmación. Para prepararse a recibirlos
¿Existe Dios? Vea las pruebas más claras de su existencia
¿Existe el Infierno? Lo dijo Jesucristo y lo afirma la Biblia
¿Existe el Cielo? La felicidad verdadera y eterna
¿Quién es Jesucristo? Se prueba que es Dios
¿Quién es el Espíritu Santo? Es el Dios que vive en tí
¿Por qué no te confiesas? Es muy fácil y te conviene
¿Por qué no vivir siempre alegres? Razones para alegrarse
¿Seré sacerdote? Conveniencias y ventajas
Para ser Santo. Basta quererlo. Se humilde
Para ser Sabio. Importancia de las buenas lecturas
Para ser feliz. Te enseña a conseguirlo
Para ser Apóstol. Es muy importante y necesario
¿Por qué no eres Católico? Razones para serlo
La Buena Noticia. ¡Puedes ser feliz! ¡Dios quiere que lo seas!
La Caridad Cristiana, resume todas las virtudes
La Bondad de Dios. Trata de lo mucho que nos ama
La Santa Misa y su valor infinito. Aprovéchate
La Virgen María a la luz de la Biblia. Muy importante
La Penitencia ¿qué valor tiene?
La Formación del Corazón. Aprende a dominarte
La Formación del Carácter. Edúcate a tí mismo
La Reforma de una Parroquia. Como hacerlo
La Matanza de los Inocentes. El gran crimen del aborto
La Senda Desconocida. La virginidad